

frente, como si se quisiera detener en su cabeza algún pensamiento fugitivo, y añadió:

— Vamos despacio. En realidad, no tengo una gran urgencia de matarme. La nota de mis cuantiosos bienes no es cosa que se hace en un día. Mi futuro suegro bien puede esperar ocho días antes de saber que estoy arruinado. Cada día que pase añadirá un millón á la dote de su hija.... Muy bien: tengo delante un plazo de ocho días; al octavo me saltaré la tapa de los sesos, si no encuentro otro recurso menos incómodo.... Ahora, á vivir.... En ocho días se puede vivir un siglo.... Quiero desquitarme de mi temprana muerte.

Y diciendo y haciendo, tiró de todos los cordones que encontró á la mano, haciendo sonar á la vez todas las campanillas de la casa. Unos por unas puertas y otros por otras, todos los criados de su servidumbre acudieron desalados.

— ¡Ea! (dijo): á vestirme.... El coche, inmediatamente el coche. Mañana una comida de veinticinco cubiertos.

Á los pocos minutos bajó la escalera, derramando alegría, salud y dinero.

Aquel plazo de ocho días le había vuelto la vida.



## V.

## DEL OTRO MUNDO.

**O**CHO días pasan pronto, y en medio de las disipaciones del mundo pasan como un soplo.

Elías se despertó aquella mañana con la frente tranquila, la mirada serena y la sonrisa en los labios. Se desperezó con todo el abandono del hombre que ha dormido profundamente, y guiñándose el ojo en señal de secreta inteligencia, y dando á su voz el tono más lúgubre que le fué posible, dijo:

— No hay más remedio que morir.

En seguida se vistió lenta y silenciosamente, sin el auxilio de su ayuda de cámara, pues, decidido á morir, quería amortajarse por sus propias manos. Como se trataba de un viaje, eligió un traje de camino y un buen abrigo forrado

de pieles, porque no era cosa de dejarse sorprender por el frío de la muerte.

En un pequeño *cabá* de piel de Rusia colocó sus joyas y vació todo el oro que contenía su gaveta. Hechos estos preparativos, cogió la pluma, y con pulso tranquilo y mano sosegada escribió lo siguiente :

«Dentro de pocos instantes Elías Puentereal habrá dejado de pertenecer al número de los vivos. Al despedirse de la vida, deja en el mundo una gran herencia disipada y un nombre que pronto será olvidado. No busquéis su cadáver, porque va á hundirse en una sepultura impenetrable. No quiere afligiros con el espectáculo de sus restos mortales. He elegido una muerte bastante original, que no dejará rastro alguno sobre la tierra. Me preparo una solemnidad fúnebre digna de mí: yo mismo me he amortajado, y yo sólo asistiré á mi entierro.»

Sin dejar la pluma, leyó palabra por palabra lo que acababa de escribir, y añadió, como su última disposición testamentaria, que se vendiesen en pública almoneda los muebles y objetos que formaban el menaje de su casa, y que su importe se repartiese en partes iguales entre todos sus criados. Viendo que no tenía nada más que añadir, mojó la pluma para estampar su firma al pie de lo escrito.

Antes de trazar la primera letra se detuvo,

porque un ruido repentino y cavernoso, semejante al trueno de un terremoto, hizo temblar las paredes del edificio.

—¡Demonio! (exclamó.) No he oído jamás un coche más estrepitoso. Parece que ha pasado el carro de Júpiter, ó el carro tempestuoso de Calígula, ó al menos la carroza arrastrada por mujeres desnudas en que paseaba Eliogáballo las calles de Roma.

Satisfecho de su erudición, volvió á mojar la pluma para estampar la firma; pero pasó por sus ojos una sombra que le hizo levantar la cabeza, y se encontró frente á frente de un personaje tan inesperado como desconocido.

—¡Ah!.... (exclamó, poniéndose de pie.) Creí que estaba solo.

—Quieto, quieto (le dijo el personaje desconocido). Soy aquí persona de bastante confianza para que se gasten conmigo cumplimientos inútiles. Por lo demás, comprendo perfectamente el asombro que causa mi presencia. No he querido que los criados me anuncien; he violentado la consigna, y me he entrado hasta aquí como Pedro por su calle. No sé entrar de otra manera en la casa de mis amigos.

—¡Amigos!....— repitió Elías, sinceramente admirado.

—Sin duda (le replicó); amigos, y amigos antiguos.

Y diciendo esto, presentaba su persona á las miradas escudriñadoras de Elías, que lo examinaba de pies á cabeza, diciendo :

—No sé; la memoria no me trae ningún recuerdo. Es posible que nos hayamos visto alguna vez; pero en este instante no caigo....

Y ciertamente la figura del misterioso personaje, vista una vez, no era para olvidada. Su barba roja de color de cobre; sus ojos cenicientos, en los que brillaban miradas semejantes á los resplandores de un incendio lejano; la expresión audaz de sus cejas ligeramente fruncidas por la tensión de un pensamiento constante; su frente alta, espaciosa, pálida y triste como la soledad de un desierto; su boca desdenosa y burlona, daban á su fisonomía un aspecto extraño.

Al mismo tiempo ostentaba en toda su persona una corrección de líneas admirable. La belleza asomaba allí como las claridades indecisas del sol al través de un cielo nublado; era una hermosa planta, en la que se veía algo parecido á los estragos del rayo. Había en el conjunto de su belleza, desolación, luz y tinieblas, la sombra de las tempestades y el fuego de los relámpagos.

Su edad sería la edad de la juventud, pero de esa juventud gastada por las pasiones. Si puedo expresarme así, diré que se reunían en él á un

mismo tiempo la vida y la muerte, la juventud y la vejez, un cuerpo nuevo en la vida y un espíritu cansado de vivir. Si á este hombre le hubiera ocurrido la idea del suicidio, habría pensado en el suicidio de su alma.

Tal era, á primera vista por lo menos, el personaje que Elías observaba sin poder reconocerlo. ¿Dónde lo había visto? En ninguna parte. ¿Cómo, pues, pueden ser amigos dos hombres que nunca se han conocido?....

Viendo este extraño personaje la inutilidad del examen de que era objeto, se sonrió, exclamando:

— ¡Oh flaqueza de la memoria humana! Veinte años han bastado para poner entre nosotros la inmensidad del olvido. ¿Y qué son veinte años? Un minuto, un instante.... nada.

El acento sombrío con que pronunció estas palabras, le debió parecer de malísimo gusto, y queriendo corregirse, prorumpió en una furiosa carcajada.

—Vamos (añadió): ¿es verdad que no me conoces?

— Yo (contestó Elías, encogiéndose de hombros) no encuentro en mi memoria un nombre que aplicar á la persona que tengo delante.

— Veamos si yo puedo ayudar á tu memoria. Allá en nuestro pueblo, hace más de veinte años, éramos inseparables: yo te seguía como la sombra al cuerpo; yo era el brazo que ejecutaba

todas las perversidades que te ocurrían. ¡Cuánto daño hacíamos! ¿Te acuerdas? Mas yo era siempre el que pagaba con terribles castigos tus hazañas. — Tú eras rico.... Tu padre poseía las tres cuartas partes de la tierra de labor que formaba la riqueza del pueblo. Por aquellos contornos no se podía dar un paso sin permiso de tu padre. Tú no podías vivir sin mí, pero yo no era más que el hijo de tu nodriza.

— ¡Ángel! — exclamó Elías, abriendo desmesuradamente los ojos.

— Ese es el nombre que entonces llevaba. ¿Te acuerdas ya? Tus padres te tenían destinado un gran papel en el mundo, y encargaron al mundo que diera la última mano á tu educación. ¡ Oh! (exclamó con visible alegría): ¡ el mundo es un maestro que no tiene precio! Tú poseías ya las más bellas cualidades para recibir con fruto sus lecciones, y me parece que no has desperdiciado el tiempo. ¡ Soberbia vida! ¿ Eh? Te vi partir de nuestra aldea llena mi alma de tristeza, porque también tenía yo afán de ver el mundo, y devoré algunas lágrimas al verte doblar el *Cabezo negro*, en la punta de los olivares donde forma un recodo el camino. Tú ni siquiera volviste la cabeza. Me quedé solo, y desde aquel momento formé mi resolución.... Anochecí, y no amanecí. Tampoco he perdido yo el tiempo. Me cansé de Europa, y me fui á América.

— ¡Ángel! ¡Ángel! (exclamó Elías.) Estás muy transformado.... Jamás te hubiera reconocido.... Además, te creía muerto.... No recuerdo cómo, pero yo tenía noticias seguras de tu muerte.

— Sí (afirmó el hijo de la nodriza); debí morir, y aun creo que me enterraron; pero es el caso que estoy vivo, porque supongo que no dudarás de que tu antiguo amigo vive todavía.

— No es posible dudarlo (dijo Elías). Mis ojos me dan testimonio de que el hijo de mi nodriza está delante de mí, bueno y saño. Es evidente que aquel Ángel, cómplice de todas mis diabluras, está aquí en una pieza, como caído del cielo.

— Eso es (añadió Ángel mordiéndose los labios); caído del cielo. Pero no creas que soy enteramente aquel.... que tú conociste. He variado mucho.... En primer lugar, de nombre. Entonces era yo un pobre muchacho, y bien podía llamarme *Ángel*. Ahora llevo un nombre más corriente, más propio del siglo; me llamo *bombre*. Todo lo sé, todo lo quiero y todo lo puedo; soy mi propia divinidad, mi propio ídolo; desígname, pues, con un nombre cualquiera, y si quieres que sea con un nombre á la vez histórico y simbólico, llámame *Baal*. ¿Por qué no? Es el nombre con que los abisinios adoraron á Nemerod después de muerto. Con el nombre de *Baal*

adoraron los caldeos y los fenicios á su divinidad.... Los israelitas llegaron á quemar á sus hijos en holocausto á *Baal*; los griegos vieron en *Baal*, unos á Marte, otros á Saturno. *Baal* quiere decir señor, rey ó príncipe. Es el primer nombre por medio del que empezó el hombre á adorarse á sí mismo. Llámame *Baal*, como si ese fuera mi nombre propio, porque, ya lo sabes, dejé de ser Ángel para ser hombre, y hombre ya quiere decir.... Dios....

—Mi querido *Baal* (dijo *Elías*). No tengo por qué oponerme á la extravagancia de ese nombre; pero debo advertirte que á mis ojos serás siempre el hijo de mi nodriza. En cuanto al mundo, el nombre que has adoptado sonará como el de *Rostchild*, si eres millonario, ó como el de *Fernández* ó *Martínez*, si no eres más que un pobre diablo.

*Baal* echó hacia atrás los crespos rizos de su roja melena, descubriendo el espacioso contorno de su osada frente, sobre la que flotó un rizo brillante como una llama; las ventanas de su nariz se dilataron como las del tigre que olfatea la presa, marcando en su rostro la triple expresión del rencor, el orgullo y la audacia; pero esto pasó por su semblante como un relámpago, porque en el mismo instante dejó ver en su boca la más dulce de las sonrisas humanas, diciendo:

—No me envanece la antigua aristocracia del

nombre que he adoptado, porque yo soy hombre que me acomodo fácilmente á las circunstancias de los tiempos, y para ti no quiero ser más que el hijo de tu nodriza. Por eso (añadió con expresión humilde y tierna) no me he determinado aún á darte un abrazo.

*Elías* no pudo oír las últimas palabras sin conmoverse, y le abrió de par en par sus brazos. *Baal* se precipitó en ellos, y los dos amigos quedaron estrechamente abrazados.

*Elías* exclamaba:

—¡Parece mentira que seas tú el que tengo ahora entre mis brazos!

*Baal* decía:

—Comprendo perfectamente la admiración que te causa mi presencia.

—Y, vamos, demonio inesperado; ¿se puede saber de dónde sales?....

*Baal* se desprendió de los brazos de su antiguo amigo, y le contestó sencillamente:

—Ya te lo he dicho; del otro mundo.





VI.

BAAL.

**E**A escena que acabamos de presenciar en el capítulo anterior ocurría en una mañana de Diciembre, de sol embozado hasta los ojos y de un cielo más dispuesto á nevar que á llover. Quiero decir, que era una mañana fría, de esas en que el agua detenida en los estanques se abriga detrás de los ligeros cristales que el hielo forma en su superficie.

La presencia inesperada del personaje que había sorprendido á Elías en el momento en que iba á firmar sus últimas disposiciones testamentarias, le hizo olvidar lo crítico de su situación, y sacando, digámoslo así, el pie que ya tenía en el sepulcro, y arrastrado por la impresionabilidad de su carácter, se abandonó á las emociones que

le proporcionaba la aparición casi inverosímil del hijo de su nodriza.

Restregóse las manos, más de satisfacción que de frío, y avivando el fuego de la chimenea, dijo:

—Aún estamos de pie, y me parece que no es la posición más cómoda para que dos amigos de la infancia, después de veinte años de ausencia, recuerden las locuras de los primeros días de su vida; porque supongo que no habrás venido á verme con los minutos contados.

—Me sobra tiempo (contestó Baal). Mis negocios marchan perfectamente; los hombres me lo dan todo hecho.

—Perfectamente (añadió Elías). Sentémonos, y hablemos.... aquí, junto á la chimenea, al amor de la lumbre.

Baal frunció dolorosamente el entrecejo, y replicó diciendo:

—No.... el fuego me es insoportable.... lo detesto.

—¡Ah camastrón! (exclamó su amigo.) Debes estar agarrando los treinta y cinco años, y aún conservas pretensiones de juventud. Sabes que el fuego arruga, y no quieres envejecer todavía.

La sonrisa con que Baal recibió esas palabras, parecía confirmar la exactitud de la observación hecha por su amigo. Este siguió diciendo:

—Es una debilidad bastante común, de que todos participamos, porque.... es cosa averi-

guada: nadie quiere envejecer. Con una juventud eterna, la tierra sería para el hombre el verdadero paraíso.

—¡La eternidad!....—murmuró Baal con voz sombría.

—Me parece (dijo Elías, mirándolo fijamente) que has experimentado grandes contrariedades. Descubro en tu rostro, de vez en cuando, rasgos oscuros de acerba tristeza. Tu vida ha de haber sido muy borrascosa. Vamos, cuéntame tu historia.

—Pueril curiosidad (le contestó). Mi historia es la historia del género humano.

—Bien; pero tú eres rico; todo el aspecto de tu persona revela opulencia; veo brillar en tu mano un diamante digno de la corona de un rey. Dime á lo menos cómo has podido conquistar los favores de la loca fortuna.

—No hay tal fortuna,—contestó Baal.

—¿No?

—No.

—¿Qué hay, pues?

—Audacia y astucia.

—Hablas como un hombre que ha devorado todas las esperanzas de la vida.

—Es posible; pero, dime, ¿te queda á ti todavía alguna esperanza?

—Me queda una.

—¿Cuál?

—Celia es mi única esperanza.  
Baal soltó una espantosa carcajada.

—¿De qué te ríes?

—De ti.

—¿Acaso conoces tú á Celia?

—Sí; conozco á todas las mujeres.

—¿Y bien?....

—Celia es mujer.

Elías ladeó la conversación, como el avaro que oculta el tesoro que quieren robarle, y le dirigió esta pregunta:

—¿Hace mucho tiempo que estás en Madrid?....

—Poco (contestó); he llegado hoy mismo.

—El amor á la patria te ha empujado al fin hacia el cielo que te vió nacer.

—No; yo no tengo patria; me es indiferente cualquier parte del mundo.

—Entonces, ¿qué te ha traído?

—Tú.

—¡Yo!

—Sí. Los periódicos de Madrid anunciaban tu boda, y el ruido de las fiestas que se preparaban corrió por todos los periódicos del mundo. Yo asisto á todas las grandes fiestas con que el mundo celebra su grandiosa opulencia.... Me convidó, y aquí me tienes.

Estas palabras recordaron á Elías que se había con un pie en el sepulcro, y que aquel era el último día de su vida, y pasó por su pen-

samiento una sombra que oscureció sus ojos.

Movió tristemente la cabeza, y dijo:

—Has hecho un viaje inútil.

—¿Pues?—preguntó Baal.

—No hay boda.

—¿Por qué?

—Porque estoy arruinado.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y te resignas?....

—No.

—¿Qué has resuelto?

—Morir.

—¿Cómo?....

—Ahí, sobre la mesa, tienes mi testamento.

Baal, sin moverse, lanzó sobre la mesa sus oblicuas miradas, y leyó la carta en que Elías daba su último adiós al mundo. Luego apartó los ojos con indiferencia, exclamando:

—¡Oh!.... Eres un insensato.

Elías dejó ver en sus labios la sonrisa más burlona del mundo, y Baal la interpretó, diciendo:

—Quieres decirme que soy un imbécil, porque tú ignoras que poseo el don de penetrar los pensamientos, y no sabes que estoy leyendo el tuyo. Óyeme: piensas matarte sin morir. El mundo creará tu muerte sin necesidad de que le dé testimonio de ella tu cadáver. ¿Qué incon-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

veniente hay en ello? Nada más natural que el suicidio en un caso como el tuyo. El hombre que ha derrochado un rico patrimonio en la satisfacción de todos los placeres; que ha disipado en la embriaguez de todos los goces la riqueza del bolsillo y del alma; que se encuentra de repente delante de la miseria, sin fe, sin dinero y sin esperanza, ¿qué ha de hacer más que matarse? Esto es lo corriente. Tú, además, tienes que renunciar á la mano de una rica heredera, y este desaire de la fortuna hay que pagarlo con la vida; el último placer que el mundo te ofrece es el placer de la muerte. Pues bien: tú no has pensado morir; en vez de arrancarte la vida, has encontrado más cómodo el recurso de arrancarte el nombre que llevas, y arrojarlo al horror y al escarnio del mundo, que ha sido el paraíso de tus delicias. Pretendes sobrevivirte; te apropias otro nombre, y pasas á los ojos del mundo por otro. Al año de desaparecer, ¿quién puede ya conocerte? Muy bien: vives después de muerto. ¿Y qué te propones hacer en esa segunda vida á que te condenas?... Lo sé: una campaña heroica. Cuentas con el corazón de Celia, y vas á disputarle su mano al mundo entero. Tú serás otro á sus ojos, pero poco más ó menos siempre serás la imagen de ti mismo, tu propio recuerdo. Desde la oscuridad de tu nueva vida, te propones reconquistar su amor. Hasta hoy no

has hecho más que deslumbrarla con tu opulencia; ahora quieres cegarla con el fuego de una pasión incendiaria.... Todo eso será, si quieres, novelesco y fantástico; pero es al mismo tiempo, aunque no quieras, insensato.

—¡Por qué!—preguntó Elías.

—Porque contar con el corazón de una mujer, es contar con el pájaro que vuela por el aire. No será la mano de Celia la que venga á sacarte del sepulcro, después que hayas muerto para el mundo.

Elías quedó pensativo, y luego preguntó:

—¿Qué hago, pues?...

—Si te obstinas en vivir, vivir.

—¡Vivir sin ella!—exclamó Elías.

—Entonces....

—¿Qué?...

—No vivas.

Los dos guardaron silencio por algún tiempo. Al fin dijo Elías:

—Dejaría de vivir, si perdiera mi última esperanza, y tú no puedes arrancarme este último resto de calor que queda en mi alma.

—Pues bien (contestó Baal); Celia puede ser tuya.

—¡Mía!

—Sí,—contestó Baal con acento imperioso.

Y viendo que Elías vacilaba todavía, añadió:

—Yo te la prometo. No puedo ser insensible

á nuestra antigua amistad, y será tuya, puesto que tú lo quieres.

—¿Cómo?...

—Coge la pluma, y escríbele ahora mismo al Banquero, que posees una fortuna de cincuenta millones. Hace ocho días que espera tu respuesta, y tan largo silencio le ha hecho ya pensar en otro marido para su hija.

—¡Ah, Baal!... ¡Eres terrible; tú todo lo sabes!...

—Todo.

—Pero... ¿dónde están esos cincuenta millones?...

—En el mundo, —contestó Baal con voz profunda.

—Dime en qué lugar se esconden, y bajaré por ellos al centro de la tierra.

Diciendo esto, se puso de pie, como si quisiera añadir la obra á la palabra. Baal abandonó también la butaca en que se hallaba sentado, y rodeando con el brazo el cuello de su amigo, le dijo con dulzura:

—Eres un loco. Los cincuenta millones están en tu mano; no tendrás que hacer más que tender el brazo y cogerlos... ¡Ea! ¡audacia! No pierdas tiempo; coge la pluma, y dile á tu futuro suegro que eres millonario. Te juro que tendrás los cincuenta millones.

—¿Por quién lo juras?—preguntó.

—Por mí, —rugió Baal con voz reconcentrada y ojos inflamados.

Elías se inclinó bajo la brillante mirada de Baal, se acercó á la mesa, y se puso á escribir. Al firmar, retembló el edificio conmovido por el estrépito de un trueno subterráneo á la vez que resplandeció el aire, iluminado por la luz de un relámpago.

—¿Qué es esto!... —exclamó Elías sin soltar la pluma.

—Nada (le contestó Baal). Firma, firma... Es mi coche.





VII.

LOS DOS AMIGOS.

**E**NTRE tanto la celebridad de la boda empezaba á estar en baja ; ya no se cotizaban las noticias referentes á las fiestas nupciales con aquel crédito fabuloso con que las hemos visto correr de boca en boca. Se retardaba demasiado el espectáculo, y la impaciencia pública, una vez agotados los recursos de su imaginación, sintió que desmayaba su esperanza, porque temía que tanta expectación y tanto ruído iban al fin á reducirse al parto de los montes.

Además, otro acontecimiento súbito é inesperado tenía en conmoción los ánimos del mundo financiero. Entre los hombres de negocios no se hablaba de otra cosa. Se trataba de una jugada inaudita, ante la que el valor, hasta en-

tonces creciente, de los fondos públicos, se había detenido como asombrado de la catástrofe que podía venirse encima. Era una jugada á la *baja*, en la cual los *alcistas* tenían comprometidos grandes capitales. La Bolsa parecía indecisa, sin atreverse á bajar ni á seguir subiendo, sin saber á qué carta quedarse, porque cualquiera oscilación, ya en un sentido, ya en otro, arrojaría en la liquidación de fin de mes enormes diferencias.

Así es que pasaban los días sin que las cotizaciones experimentaran alteración alguna. Era ese momento de suspensión, en que el *banquero* dobla la baraja para dar tiempo á que los *puntos* redoblen las apuestas. La lengua implacable llama indistintamente *banquero*, lo mismo al hombre de negocios que al tahur, y designa con el nombre de *banca*, lo mismo á la aristocracia de los capitales que á la aristocracia de los garitos.

La inmovilidad de la Bolsa aumentaba el ansia de los jugadores, y se aumentaban las apuestas; el vértigo del juego se había apoderado de los bolsistas, y cada cual se apresuraba á echar su puñado de oro en la movible balanza de la suerte.

Todos jugaban á la *alza*, porque ningún acontecimiento pavoroso se anunciaba en las oscuridades de lo porvenir. Estaba asegurado el equi-

librio europeo; la paz universal sonreía al mundo garantida por la palabra de las grandes potencias, y al amparo de estas seguridades el comercio y la industria dejaban correr los manantiales de la riqueza pública como ríos inagotables. La diplomacia, mano sobre mano, satisfecha de la eficacia de los protocolos, se creía árbitra de los destinos del mundo. La tierra era en aquellos momentos una balsa de aceite; todo era prosperidades.

Algo se susurraba de alianzas secretas, de proyectos ambiciosos que podían de un momento á otro turbar la paz de Europa, de conspiraciones interiores prontas á estallar. Circulaban á la vez vagos rumores acerca de la situación poco firme del *Banco Universal*, especie de monstruo financiero que representaba un capital verdaderamente fabuloso, y que extendía sus operaciones á toda clase de negocios en todas las partes del mundo; pero estas especies se desvanecían luego á luego ante el aspecto de prosperidad que presentaban las cosas. Bueno que las potencias más ambiciosas ó más débiles buscasen alianzas secretas para hacer frente á las contingencias del día de mañana. Todo ello no significaba más que meras precauciones. Bueno que los descontentos fraguasen conspiraciones. ¿Y qué? Los intereses conservadores estaban satisfechos, y la alta banca no facilitaría dinero para sobornar al

ejército, sin cuyo requisito la conspiración sería inútil. En cuanto al *Banco Universal*, los temores eran risibles. Claro está que no había de tener en cartera el enorme capital que representaba, y que una operación desastrosa podía dar al traste con su crédito; pero un establecimiento que á los dos años de existencia tenía en su mano el movimiento de la riqueza del mundo, no podía, entonces á lo menos, inspirar la más remota desconfianza. Más tarde, una operación desastrosa, un cataclismo europeo, podría comprometer su crédito; mas en aquel momento tenía formidablemente asegurada su existencia.

Los cálculos de los jugadores no podían ser más risueños, y jugaban á la *alza*, como el que juega á cartas vistas. Solamente jugaba á la *baja* Elías Puentereal, que evidentemente se había vuelto loco. Hasta entonces había sido un calavera, que sabía gastar alegremente sus rentas en todas las disipaciones de la vida, pero que jamás había dejado traslucir el más ligero indicio de que pudiera ser un hombre de negocios.... Jamás se le había visto en la Bolsa. ¿Qué significaba aquella ruidosa provocación á la fortuna?... Los bolsistas se encogían de hombros, y apostaban, y Puentereal admitía todas las apuestas.

Hubo un día en que corrió la voz de que estaba arruinado, y que apelaba á un prodigio de

la suerte antes de decidirse á poner término á su vida; mas este rumor se desvaneció al día siguiente, porque se aseguró que poseía un capital de cincuenta millones, y no cabía duda, en razón á que el Banquero que iba á ser su suegro lo afirmaba como si los hubiese visto, y añadía:

—Es insensato empeñarse en una operación tan arriesgada; mas en materia de negocios no debe aconsejarse á nadie, porque la suerte suele ser más loca que los hombres.

La osadía de la jugada contuvo por de pronto el movimiento ascendente de la Bolsa; pero los bolsistas siguieron apostando porque la *alza* era segura. Decididamente Puentereal estaba loco, y se obstinaba en arrojar cincuenta millones por la ventana, y los jugadores no habían de ser tan tontos que no acudieran á recogerlos. Cada cual hacía aproximadamente el cálculo de las diferencias que debía cobrar á fin mes; de manera que antes que llegara la liquidación, los cincuenta millones de Puentereal estaban repartidos entre los jugadores á la *alza*. Y haciendo justicia al sentimiento que les inspiraba, debe decirse que lo compadecían á la vez que esperaban el momento de desplumarle. La boda, pues, se puso en cuarentena, porque aun cuando el padre de Celia guardaba prudente reserva, nadie creía que después del fracaso de la jugada fuera la boda posible. Muchos pretendientes de la rica

heredera respiraron, vislumbrando una esperanza.

En los salones era otro suceso el que más principalmente llamaba la atención. Había aparecido en las regiones del gran mundo un personaje bastante original: un *yankee*; pero he aquí su primera originalidad, un *yankee* fino, correcto y espiritual. La distinción de sus maneras realizaba su belleza de estatua y descubría en todos sus movimientos la facilidad del hombre habituado al trato de las gentes en la escena del gran mundo; en ellos se notaba algo parecido á las ondulaciones de la serpiente.

Se admiraba la palidez cenicienta de su rostro y el color rojo casi candente de su barba; notaban asimismo en su voz notas de una dulzura inimitable, que dejaba, sin embargo, en el oído vibraciones extrañas; se discutía con grande empeño acerca de la naturaleza de su sonrisa, y eran en este punto tan diversos los pareceres, que unos la encontraban tierna, otros burlona; había quien encontraba en ella candor, quién profunda malicia, y venía á sacarse en limpio que era una sonrisa indefinible.

Mas sobre todas estas novedades, lo que más sobresalía era el encanto de su conversación. Hablaba de todo con la naturalidad de aquel á quien le son familiares todos los conocimientos humanos. Poseía, además, todas las lenguas co-

nocidas, y no había suceso histórico que le fuese desconocido; hablaba de ellos como si los hubiese presenciado. Penetraba los pensamientos, y se adelantaba á las preguntas. La buena sociedad lo recibió con los brazos abiertos; se hizo lenguas de sus atractivos, y le concedió todos los honores de la novedad. El *yankee* había caído de pie en los salones.

Debía ser opulento; pero como si se sintiese superior al lujo de que aparecía redeado, miraba con desdén su propio fausto. En el dedo anular de la mano izquierda llevaba una sortija, en la que resplandecía un brillante enorme, cuyas aguas de fuego cegaban los ojos de cuantos lo veían con relámpagos de todos colores; parecía que en el fondo de aquella piedra preciosa hervían todas las tempestades de la tierra.

¿Qué especie de alma se escondía en aquel cuerpo? He ahí una cosa en la cual no había pensado nadie. Su presencia causaba alucinaciones, sus miradas producían estremecimientos eléctricos, el calor de sus palabras helaba la sangre, y su conversación descubría profundidades que producían el vértigo con que atrae el abismo.

Había sido presentado por Elías en los principales salones del gran mundo, con el sencillo nombre de *Mister Baal*, alcanzando desde el primer instante un éxito completo.

Y, justo es decirlo: no se mostraba envanecido

de su triunfo; marchaba sobre sus laureles como el héroe acostumbrado á conquistarlos; casi no reparaba en ellos. Por su parte, Puentereal no se sentía tan modesto, y no ocultaba la satisfacción de poseer la intimidad de aquel hombre original y extraordinario.

Entre tanto, el mundo, el verdadero mundo, el mundo de los placeres, de las intrigas, de las disipaciones, de las locas vanidades y de las pueriles ambiciones, el mundo de las cintas y de los lazos, de la *toilette*, del *ménu*, del *comfort* y del *sprit*; el mundo de las carreras de caballos y de las corridas de toros; el mundo sensible de la filantropía *dansant*, se hallaba loco de contento; parecía que había encontrado á su hombre.

Como se ve, los dos amigos se encontraban en espectáculo, siendo á la vez el platillo de las conversaciones; la comidilla de las grandes comidas, el objeto de los cálculos de unos, de las conjeturas de otros y de la expectación de todos. Eran las dos novedades del día, los dos problemas del momento.

Elias se sonreía interiormente, pensando que el autor de tanto ruido no era, en resumen, más que el hijo de su nodriza.



## VIII.

## EL ORÁCULO.

**S**IN embargo, Puentereal no tenía grandes motivos para reirse interiormente del ruido que producía en el mundo el hijo de su nodriza, porque, quieras que no quieras, valiéndose del poder de su extraño influjo, lo había metido en un paso que, en verdad, no presentaba los mejores auspicios. Su situación era mucho más comprometida que cuando se hallaba simplemente arruinado. Hasta entonces no había hecho más que disipar el patrimonio de sus padres en los placeres y en los vicios del fausto, dejándose arrastrar por todas las seducciones del mundo; pero ahora se encontraba frente á frente de su palabra; más aún: de su firma comprometida con el padre de la hermosa Celia, en la friolera de cincuenta millones de